"PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GENERO" - U. N. A. M.

000601

08.24
R48
835

IDENTIDAD FEMENINA, JEFAS DE HOGAR Y POBREZA

Florinda Riquer Fernández

"El sociólogo no puede menos que estar -difícil equilibrio- dentro y fuera de la vida social. Ignorar los fetiches y las ilusiones de una época es ignorar aquello que mueve a los seres humanos. Reconocerlos como única realidad sería reconocer que no hay mejor sociología que el sentido común, en el sentido más estadístico que podamos otorgarle a la expresión".

Alfonso Pérez-Agote

Introducción

Este texto consta de cuatro apartados. En el primero resumo la propuesta teórica que elaboraré para hacer mi tesis de doctorado bajo el título: "La construcción social de la identidad femenina entre mujeres del sector popular de la ciudad de México". En el segundo, planteo las ventajas de la "aproximación biográfica" para abordar el tema de la identidad y los cinco aspectos centrales sobre los cuales se basó la indagación con 20 mujeres de dicho sector. En el tercero, presento algunas de las características de tres tipos de generaciones distintas que pude reconstruir a partir del análisis cruzado de las 20 biografías. Este análisis no sólo es aún preliminar, sino que no incorpora la elaboración de los cinco aspectos mencionados en el segundo apartado que, en su momento, constituirán un intento de

formalizar la información recabada. Dado lo preliminar del análisis y de su presentación, en el último apartado se hace sólo una breve reflexión acerca de la noción de jefas de hogar y su relación con la pobreza, en virtud de ser esta temática la que convoca al seminario.

1. Para una conceptualización de la identidad femenina

La propuesta que elaboré para conceptualizar la identidad femenina, surgió de problematizar el punto de partida para definir a "la mujer" que priva, tanto en las diferentes vertientes (teóricas y/o políticas) del feminismo contemporáneo como subyace a diversos estudios sobre la mujer. Este punto de partida es la condición de subordinación femenina en un sistema de dominación masculina que tiene su correlato en una relación jerárquica entre el hombre y la mujer a nivel individual. Mi cuestionamiento no se refiere a la ausencia de evidencias históricas, teóricas y empíricas de que, en efecto, sobre las diferencias biológicas que caracterizan a los humanos de cada sexo, se ha montado la desigualdad e inequidad entre los géneros. Desigualdad e inequidad en la que la mujer (en sentido genérico) ocupa una posición de subordinación respecto del hombre (también en sentido genérico).

El cuestionamiento, entonces, deriva, por un lado, de que al vislumbrar la compleja realidad del ser mujer sólo a partir de la noción de subordinación, se corre el riesgo de llegar a un punto ciego. Es decir, a un punto en el que únicamente se constate que, efectivamente, la mujer es un fantasma del hombre (Rosaanda

autocomplacidas "en el seno acojedor de la diferencia" y fuera de un mundo en al que también se requiere de los supuestos atributos de la masculinidad, entre ellos, los arriba mencionados. Dice Amorós que no cabe duda que la diferencia es la sal de la vida, pero como las cocineras saben, si le ponemos demasiado de ella nos ocurre como cuando ponemos demasiada sal en el guisado. Bien pensado, poner de menos siempre tiene mejor arreglo. Otro riesgo es que en la busqueda de la escencia se diluyen otras diferencias que atraviesan la existencia de las mujeres: edad, raza, estado conyugal y condición social, factores que sin duda matizan cualquier supuesta "escencia femenina".

Por la vía de reivindicar la capacidad de las mujeres para integrarse al mercado de trabajo, a la actividad intelectual y al ejercicio de la política la ventaja ha sido mostrar que la biología no impide que la mujer participe en los ámbitos que le fueron vedados desde el inicio de la modernidad. Sin embargo, esta participación no ha garantizado, sobre todo en el orden de la vida privada, su equidad y equivalencia respecto del varon. La prevalencia de la llamada "doble jornada" (doméstica y extradomestica) es una de las muestras de que no necesariamente con salir de casa se conquista la liberación respecto de las ataduras impuestas por la subordinación.

En consecuencia, mi propuesta, retomada de Alcoff (1989) es salir del esquema binario y plantear que la identidad femenina puede ser conceptualizada y visualizada no a partir de los atributos que se adjudican a la feminidad o de las actividades que realizar las mujeres, sino de la posición particular que

tienen en determinados contextos de interacción a lo largo de su ciclo de vida. Con esta propuesta no únicamente se intenta superar la definición oposicional del género femenino derivada del binomio hombre/mujer, sino, también rescatar el papel dinámico que juegan las mujeres si no para trascender la subordinación, cuando menos para oponerle resistencia.

De manera más precisa, esta propuesta sugiere que la identidad femenina es relativa a la posición que la mujer ocupe en determinados contextos de interacción. En la medida en que puede suponerse que esta posición no es siempre la misma a lo largo del ciclo vital, puede suponerse a su vez, que el proceso de construcción de la identidad es dinámico. Esto quiere decir que el hecho biológico de nacer con cuerpo femenino y el aprendizaje del rol de género, no bastan para adquirir una identidad limitada (subordinada). Se requiere aprender (introyectando) el estar en un lugar o posición (con determinada jerarquía y valor) en relación con otros sujetos en un marco de interacción, para ir adquiriendo distintas formas de identidad. Subrayo que este lugar no necesariamente es fijo e inamovible y que en la medida en que la mujer cambia de posición (a lo largo de su ciclo) puede ocupar lugares distintos al de la subordinación. En esta propuesta entonces, la subordinación más que una condición es una posición que tiene la mujer en determinados momentos de su ciclo vital, pero no necesariamente la única.

En virtud de lo anterior se estableció que tanto la mujer como los demás actores de la interacción puede tener posiciones de autoridad, subordinación o equidad. Autoridad y subordinación son

dos conceptos articulados en tanto el primero se define como "la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas" (Weber 1964:21) y subordinación como la recepción y aceptación de algún mandato dado. La relación autoridad/subordinación por tanto, es una relación que implica jerarquía, es decir, se trata de posiciónes relativas de unos individuos con respecto a otros, tal como ellos mismos las asignan (Ossowski 1974:71). La posición de equidad por el contrario no implica jerarquía, se trata de un vínculo entre pares.

En suma, "la mujer" en esta perspectiva, es un concepto relacional identificable dentro de determinados contextos de interacción, donde la posición en que se encuentra, sería el sitio para la construcción de los significados de feminidad. Esto es, un lugar donde esos significados se construyen y no solamente el sitio donde los significados puede ser descubiertos (Alcoff op.cit:).

De ahí que para dar cuenta de la mujer en esta propuesta se haya planteado el indagar acerca de las posiciónes que ha ocupado en diferentes contextos de interacción a lo largo de su ciclo de vida. Al tiempo que se requirió averiguar quiénes han sido los otros actores que han intervenido en la interacción y sus posiciónes como, qué "material" se comunicó entre ello. Esto es, qué tipo de información asociado a qué normas y valores circularon entre los actores acerca de la "feninidad" y la "masculinidad".

En virtud de esta perspectiva, el problema de la identidad cobró contenido dentro de los objetos de investigación que Bertaux (1980) denomina "socio-simbólicos". Es decir, aquellos que por la manera como se les define, se está privilegiando la comprensión de las representaciónes que existen a nivel colectivo sobre un determinado fenómeno y que son sostenidas por los actores individuales. Por ello, en la clasificación del mismo autor, estos objetos se refieren no al ámbito de las estructuras e instituciónes sociales, sino al de la acción o interacción social. Al respecto se sostiene que es en este ámbito donde surge la manera subjetiva como se representa -en este caso- la identidad de género. La subjetividad en relación a este tema -como afirma Laurentis- no está sobre determinada por la biología ni por la intencionalidad de los actores, sino por la experiencia. Concepto con el cual se articulan las representaciónes colectivas sobre los seres humanos diferenciados sexualmente, con la manera como estas representaciones son vividas e interpretadas por los sujetos individuales a la luz de las vivencias acumuladas, decantadas y convertidas en representaciones sociales (E.P. Thompson 1981).

En relación a esto último, tanto para Bertaux como para Cicourel y Knorr-Cetina (1981), un objeto socio-simbólico, "expresa" la macro estructura social. En el caso del estudio de la identidad de género, la macro estructura comprendería tanto las "cosmovisiónes" como la normatividad y los valores sociales que rige a los seres humanos en tanto seres sexuados. Cabe señalar que al decir "expresa", se quiso subrayar que el ámbito

de lo estructurado, no (sobre)determina la conducta "masculina" o "femenina" sino que constituye la base de la cual cada individuo recoge el material que resignifica a lo largo de su experiencia de vida. De ahi que se haya retomado la sugerencia de los autores mencionados, en el sentido de que estos objetos socio-simbólicos se reconstruyan no de lo general a lo particular (de la "totalidad" social a la singularidad individual) sino a partir de mediaciónes. En este caso, de la experiencia de los sujetos que resulta de su interacción con otros sujetos y con el mundo social.

Con base en lo anterior se trabajó bajo el supuesto de que del análisis de la experiencia de vida de un conjunto de mujeres, puede extraerse los aspectos recurrentes como alusión a una identidad social. A la vez que es posible rescatar las formas singulares como esta identidad es expresada por cada mujer, singularidad de la que podría deducir la reelaboración que cada una hace de "lo social" al identificarse consigo misma como mujer.

Se trabajó, de igual modo, considerando que cualquier sujeto esta en posibilidad de llevar a cabo una reflexión sobre dicha experiencia y verbalizarla. Esto quiere decir que cada mujer tiene algún tipo de conciencia (psicológica) es decir, autoconocimiento de sí, de otros sujetos y del mundo social en el que habita. Esto la hace posedora y portadora de un saber sobre su propia identidad de genero y de los poderes, por pequeños que estos sean, relacionados con tal saber. Al haber conciencia de sí, de los otros y del mundo social (conciencia

posicional para Sartre), la mujer existe, es decir, tiene un "yo soy" que nos abre la puerta hacia cómo es ese yo. Al abrir esta puerta podríamos penetrar en los aspectos de su existencia en tanto potencia y devenir. Esto es, ir más allá de su identidad ligada a los atributos y capacidades asignados socialmente al género femenino, para descubrirla en su "para-si". Lo cual quiere decir, en una identidad que si no trasciende esos atributos y capacidades socialmente asignados, sí puede utilizarlos activamente para construir diversos significados de la feminidad.

2. La aproximación biográfica como instrumento metodológico para el estudios de la identidad

La palabra de los sujetos en el caso de estudios cuyo objeto se define a nivel socio-simbólico, es el medio a partir del cual, después de un acto reflexivo, los actores pueden dar cuenta de lo vivido. Donde "lo vivido" puede ser una realidad opaca pero que constituye la verdad de cada experiencia individual y por lo tanto, la manera como cada sujeto se representa su relación con el contexto en que ha ocurrido su existencia (Gagnon 1980).

Para tener acceso a esa palabra, autores como Bertaux, Cicourel y Gagnon, recomiendan como instrumento de recolección de información lo que el primero llama "aproximación biográfica". Para esta última, incluso los datos autobiográficos son, en sí mismos, expresiones de la identidad en tanto tienen como sustrato el relato de "lo vivido". Por ello, la

aproximación biográfica se considera como un instrumento privilegiado para la recopilación de información acerca del "yo" en construcción.

En el caso de esta propuesta, se consideró que no era necesario que las mujeres relataran toda su vida, sino que el relato autobiográfico se concentrara en los elementos que, a mi juicio, dan cuenta específicamente de la elaboración de la feminidad. Esto implicó acotar la indagación a cinco aspectos básicos:

1. Los contextos de interacción que hayan implicado transiciones importantes en la vida de las mujeres respecto de su existencia como sujeto sexuado. Estos momentos de transición pueden ser: la aparición de las características sexuales secundarias; las experiencias de seducción y relaciones sexuales; la vida conyugal; el embarazo, parto y puerperio; la maternidad; el aborto y la menopausia.
2. Los actores involucrados en esos contextos de interacción y sus posiciones recíprocas.
3. Los conocimientos que circularon en esos contextos destacando quién los transmitió, en que posición se encontraba y cómo los transmitió, esto es, utilizando qué tipo de lenguaje (imperativo, enunciativo, interrogativo o de deseo).
4. La normatividad y los valores que reglamentaron en cada contexto de interacción lo que se considera prohibido y permitido a cada género. Destacando también, quiénes plantearon

esta reglamentación y desde qué posición, el contenido de la misma y el lenguaje utilizado para transmitir las normas y los valores.

5. La elaboración y reelaboración de estos conocimientos, normas y valores en relación a la posición de la mujer en determinados contextos de interacción a lo largo de su ciclo de vida.

Finalmente, me propuse tratar de darle un sentido más amplio a esta información, interpretándola a la luz de las representaciones sociales vigentes en un momento histórico determinado y dentro de una cultura particular. Así, la experiencia singular de cada mujer se contrastaría con las imágenes "estructurales" que prevalecen socialmente. Sin olvidar que en la relación que el investigador establece entre el "fenómeno" identidad y su conceptualización, no escapa a la arbitrariedad lógica, derivada de que tanto al actor que reflexiona y verbaliza lo que el investigador quiere saber, como este último, habitan un mundo social que enmarca y da sentido al fenómeno y al concepto de identidad.

3. Tres generaciones: tres maneras de encarar la vida en cuerpo de mujer

No es posible, en el reducido espacio de un texto de esta naturaleza, sintetizar la totalidad de los elementos que se fueron recuperando al analizar las biografías cruzadas de 20 mujeres del sector popular. Por ello, en este apartado me limitaré a hacer un bosquejo de lo que he dado en llamar tres

generaciones distintas y las tres maneras de hacer frente a sus cursos de vida. Antes de pasar a describir cada una de ellas me parece importante señalar que por "generación" no se está entendiendo la definición demográfica de cohorte, ni estrictamente, la que alude al período de tiempo que separa cada uno de los grados de filiación, ya que sólo en dos casos, se recuperaron las biografías de madres e hijas.

Por ello, se está entendiendo por generación, la cuarta acepción que admiten todos los diccionarios en español, esta es, la del "conjunto de los vivientes coetáneos" (Diccionario UNESCO de las Ciencias Sociales 1987 p. 940). En otros términos, la del grupo de personas que comparten una serie de experiencias comúnes que de algún modo corresponden a las prácticas, valores y normas dominantes en una época 1. Entender así el termino "generación" es importante en este estudio porque el mismo remite a la noción de genericidad o universalidad de determinadas experiencias y, en consecuencia, a su carácter colectivo o social. Los resultados de esta investigación, no pueden ser objeto de generalizaciones empíricas pero sí de generalizaciones teóricas.

---

1 Al respecto dice Ortega y Gasset (1933): "Lo mismo que en nuestra vida individual, el acto que ejecutamos ahora; por tanto, lo que ahora somos, asume un trozo irreparable del término definido que va a durar nuestra experiencia, así cada generación representa un trozo esencial, intrasferible e irreparable, del tiempo histórico, de la trayectoria vital de la humanidad" (Tomado del Diccionario UNESCO de las Ciencias Sociales op.cit: p. 941).

3.1 Las abuelas

Bajo este título agrupé a un primer conjunto de mujeres nacidas entre 1930 y 1941, algunas en la ciudad de México y específicamente en su zona centro y otras en distintos poblados rurales del interior de la República. Estas últimas llegaron a "la gran ciudad", siendo aún jóvenes, tras un largo peregrinar por poblados de sus estados natales y/o por regiones más amplias del país. El motivo de su mudanza: la busqueda de mejores condiciones de vida.

El nivel educativo de este grupo no superó la primaria incompleta y una "abuela" fue analfabeta hasta hace un par de años. Todas empezaron a tener responsabilidades y tareas domésticas hacia los 8 o 10 años y se incorporaron a alguna forma de trabajo productivo, en promedio, hacia los 13. Muy pocas dejaron su empleo remunerado al unirse en pareja, pero las que lo hicieron, volvieron al mercado de trabajo al constatar que la promesa de sus cónyuges de "mantenerlas" no se realizaba.

El encuentro con su cuerpo sexuado ocurrió en el silencio, cuando tenían entre 11 y 15 años; su primera experiencia sexual y con ella la primera de vida en pareja, tuvo lugar entre los 15 y los 17 y se prolongó hasta los 35 o 40. Entre los 16 y los 20 años vivieron su primer embarazo y se iniciaron en la maternidad, hoy, todas son abuelas e incluso una ya es bisabuela de una niña que engendró su nieto a los 15 años, cuando vivieron, por varios meses, en un campamento en espera de ver levantada su casa de nuevo, derrumbada por los sismos de 1985.

Además de los rasgos anteriores que comparten "las abuelas", salvo una, el resto llegaron al mundo sin que las esperara una pareja que hubiera formalizado su unión por la vía del matrimonio. Entre el azar y la necesidad sus madres las gestaron y las pusieron en esta tierra para iniciar, entre otras cosas, la búsqueda de un padre que en sus relatos representa una presencia ausente. Este padre, en general, tenían mayores recursos económicos, más escolaridad y rasgos étnicos de más valía (social) que los de sus madres (rubios, blancos, de cabello ondulado, etc). Pero fueron ellas, no obstante su falta de recursos económicos y materiales, su analfabetismo, su tez morena, su trato tosco, quienes se hicieron cargo de "las abuelas" y sus hermanos. Sólo una quedó bajo los designios absolutos del destino, al perderla a los once años y quedar como "jefa" de una familia compuesta por sí misma, una hermana de cinco años y otra de cinco meses que pronto murió.

Su temprana incorporación al trabajo doméstico y al productivo, aunado a sus declaraciones respecto de ausencia de juegos y juguetes y a la prohibición explícita en unos casos, implícita en otros de "salir" de la casa a perder el tiempo con otros niños, permiten afirmar que para las mujeres de esta generación, no hubo propiamente infancia. Quizá, tampoco propiamente adolescencia si consideramos su temprano inicio en la vida sexual y de pareja.

Al respecto, una terecera característica común en la vida de "las abuelas" fue el vacío de información con la que enfrentaron "el nuevo despertar" (Kaufman 1989) de sus cuerpos que las

preparaba para la adolescencia. Ni una palabra acerca de la aparición de las características sexuales secundarias ni una frase previa a su primera menstruación. Ante tal ausencia la reacción fue de sorpresa y miedo, todas creían que les había pasado algo que asociaron de inmediato con una enfermedad. La escueta información vino después del evento, para algunas, de boca de sus madres, para otras de alguna vecina a la que "le tenían confianza". Esta información se redujo a anunciarles que aquello les pasaba cada mes a todas las mujeres. Sus informantes fueron un poco más explícitas respecto de que debían usar unos paños blancos, cambiárselos con frecuencia, ocultar los sucios y al final del día, lavarlos para que quedaran, de nuevo, "bien blancos".

Pero también recibieron otro mensaje sintetizado en la palabra "cuídate". De qué?, la mayoría de las abuelas lo supieron mucho después, sobre todo las de origen rural, cuando nacid su primer hijo o hija. En otros términos, entre lo no dicho estaba el no hablar de la relación entre la menstruación y el riesgo de embarazo. Ni aún expuestas a un contexto en el que el embarazo de sus madres y de otras mujeres era frecuente y a un medio donde el parto era un suceso cotidiano, "las abuelas" pudieron vincular los cambios en su cuerpo con el futuro de madres que les esperaba.

Así, un cuarto rasgo que comparten, es el haber enfrentado la primera experiencia sexual sin conocimiento de las funciones de su cuerpo sexuado (menos las de los varones). Si bien, sabían que ese contacto, fuera como fuera, si producir un "bebé en su

vientre". Respecto de esta experiencia, fue notable que en términos generales, ocurriera más que como un evento derivado de la evolución de la relación con una pareja, como algo irremediable, en algún caso, fatal. Salvo dos abuelas, el resto "se fue" (en un caso "se casó bien casada") con un hombre que "les había hablado" quince días o un mes antes. Por qué?. por probar que era "estar con un hombre", "por darle en la torre al novio", "como medio para tener la propia casa", etc.

Muy pronto, sin embargo, esta relación se estabiliza y se legitima por la vía del matrimonio (salvo en dos caso) [2] por la presión de la madre, de ambos padres o, simplemente, por la fuerza del "exterior". Es decir, de la normatividad social que establece que la única forma legítima de vivir la sexualidad se llama matrimonio.

Desde mi punto de vista el desarrollo de esa primera relación, en gran medida se explica por el pacto de coerción que significó para la nueva pareja acceder al matrimonio. No se trató de un pacto explícito pero no obstante lo implícito, se tradujo en que ellas quedaran colocadas en la posición de deudoras de "algo" y ellos, en la de acreedores de ese "algo". En algunos casos, quizá el "algo" siempre se llamó honor, el de ella, "mancillado" (según los valores vigentes) por acceder a la vida sexual con un desconocido y antes del matrimonio.

---

[2] Una de las abuelas fue violada a los 16 años por un cuñado de su hermano. El violador desapareció al día siguiente de consumado el delito. En el otro caso, "la abuela" se "metió" en el cuarto de su novio y nunca salió, logró casarse con él después de veinte años de unión.

El desarrollo de la relación al que me refiero marca otro rasgo común, la violencia intradoméstica en que trascurrió su vida conyugal. Maltrato verbal de ellos hacia ellas que puede resumirse en un doble mensaje: "no sirves como mujer" o "eres una puta" y golpes, ambos animados por el hábito de beber de la mayoría de sus cónyuges. Este hábito parece que se convierte en rutina a partir de la llegada de los hijos (generalmente del segundo) o, en un caso, porque después de seis años de unión, la mujer no había quedado embarazada.

Difícilmente se podría afirmar que "las abuelas" se unieron para ser madres y gracias a ello "realizarse como mujeres". Al igual que otros sucesos de sus vidas, éste también "les ocurrió". En torno a él, resalta de nuevo la escasa o nula información sobre el tema, algunas, no tenían noción de ninguna naturaleza, de "por dónde les saldría la criatura". Tampoco de como postergar la llegada del segundo; lo aprendido era que mientras estuvieran amamantando al primero, el segundo no se gestaría. Este aprendizaje mostró ser poco eficaz y entre uno y otro, en general, difícilmente pasó un año.

La tensa y violenta relación y la falta de recursos económicos, hicieron que algunas mujeres utilizaran "como método de control natal" el aborto. Por esta experiencia pasaron la mayoría de "las abuelas", al respecto, la información se conoció y transmitió por las vecinas, como alguna dijo: en los lavaderos. La técnica más usada fue un preparado de hiervas que tomaban en ayunas, moverse mucho y de preferencia bricar y terminar en casa de la partera quien les inyectaba "quinina" y consumaba el

aborto. Ninguna mujer habló de esta experiencia disculpándose o avergonzada, era un recurso, el único a su alcance, para limitar el crecimiento de la descendencia. También fue frecuente el enfrentar la muerte de algún hijo antes del año de vida. Y así, entre hijos nacidos vivos, abortos y niños muertos en el primer año, las mujeres de esta generación procrearon en promedio seis vástagos.

Un rasgo más que atraviesa a la mayoría de "las abuelas" fue el haberse separado de su primer cónyuge y haber "conocido el amor" en una segunda relación. En dos casos está fue en todos sentidos placentera, durable y estable, en el resto, no obstante haber gozado de la compañía masculina, el vínculo concluyó o con el abandono o por la imposibilidad de que el amante decidiera separarse de la que era su esposa. Cabe decir que, quienes contaban con sus madres, a ellas les encargaron los hijos tenidos en el primer matrimonio, mientras consolidaban la nueva pareja. En algunos casos "el mientras" duró hasta la fecha y fueron sus madres quienes criaron a sus primeros hijos.

Resultó interesante observar la complejidad de la relación con éstos, la ambivalencia y las paradojas que entraña la maternidad. Por sintetizar, los hijos fueron, por largo tiempo, la razón para volver a incorporarse al trabajo extradoméstico en los pocos casos en los que la mujer abandonó su empleo gracias a la promesa de que sería mantenida por su cónyuge. A la vez, fueron la razón por la cual soportaron el maltrato que éstos les propinaban y fueron el aval para concretar la separación. En este punto hay una diferencia interesante entre el

comportamiento de las hijas y los hijos que vale la pena comentar. Las hijas mostraron su apoyo y solidaridad a sus madres para que se decidieran a "dejar a ese hombre", los hijos se enfrentaron al padre, en ocasiones, de manera físicamente violenta.

Los hijos son también, una suerte de obstáculo para iniciar una nueva relación, "algo" que estigmatiza a la mujer frente a la posibilidad de un nuevo lazo. Pero son, al mismo tiempo, el elemento deseado por la nueva pareja y en algunos casos, incluso lo que permitió que aunque ésta no cohabitara, se estableciera y durara. Hacia la fase en la que concluye la etapa reproductiva de "las abuelas", las hijas empiezan a ser recipientes de sus pesares, a quienes se les cuenta y dice aquello que en su momento no pudo explicitarse. Los hijos, en ocasiones un sustituto no desdeñable de afecto masculino.

En su declaración, varones y hembras son iguales, los educaron igual y les pusieron los mismo límites, pero a lo largo de la historia aparecen las diferencias, en concreto, sobre sus cuerpos sexuados y sobre la sexualidad. Al igual que sus madres, "las abuelas" conservaron en su memoria el que las hijas, a partir de la adolescencia, se tenían que "cuidar". Al parecer, tampoco precisaron con claridad de qué y cómo, pero les brindaron un poco más de información sobre "la regla" y sobre los riegos del embarazo. Los varone, a la inversa, trajeron de la calle a la casa, la experiencia ya vivida: la primera muchacha con la que hicieron el amor, la primera a la que embarazaron o su iniciación sexual en los prostíbulos. En

general, no es que avalaran que sus hijos varones embarazaran a una chica, pero les sigue quedando la duda de si se trataba de una "buena mujer" o era "una de esas que se les meten a los hombres". Por otro lado, muchas de ellas se sentían orgullosas de que sus hijas hubieran llegado "vírgenes" al matrimonio (gracias en gran medida a su vigilancia y cuidados) pero planteaon que no juzgan a quienes no logran esta hazaña (parientas, vecinas, etc).

Hoy, puede decirse que casi todas han conquistado un lugar distinto en el campo de interacción más inmediato y cotidiano: su propia familia. Esto es, que pasaron de la subordinación al mandato materno (y en la mayoría de los casos de los hermanos varones) a la del marido para, por la vía de la ruptura de un primer vínculo, acceder al puesto de "jefas de hogar". Puesto desde el cual se puede, legítimamente, ejercer autoridad. En los casos en que "las abuelas" siguen viviendo en pareja y está se constituyó no bajo un pacto de coerción, de igual modo puede decirse que su posición es distinta. Si no de equidad respecto de su compañero, de relativa autonomía frente a su mandato.

3.1 Las madres

En esta segunda generación incluí a un grupo de mujeres nacidas entre 1948 y 1954 que bien podrían ser (y en un caso lo es) hijas de "las abuelas" y madres de sus nietos. También nacieron, unas en la ciudad de México y otras en poblados rurales del interior del país. Pero a diferencia de la generación que las precede, éstas últimas llegaron aún más jóvenes a "la gran ciudad" (un poco antes o durante la adolescencia).

De igual modo, a diferencia de "las abuelas", "las madres" lograron un mayor alcance educativo (entre primaria completa y secundaria incompleta) e incluso una de ellas concluyó la preparatoria. No fue distinta su incorporación a las tareas domésticas a temprana edad (entre los 8 y 10 años), pero no todas entraron al mercado de trabajo siendo solteras, ni durante el matrimonio. Es decir, en este grupo se registró algún caso en que la mujer nunca ha realizado un trabajo remunerado.

Asimismo, el encuentro con la aparición de las características sexuales secundarias y con la menstruación, no ocurrió, en la mayoría de los casos, en el vacío de información. Tampoco, la primera relación sexual prematrimonial (en los pocos casos en que la hubo) devino en vida en pareja. Y, en general, la edad de la primera unión tuvo lugar un poco más tarde que entre "las abuelas" (alrededor de los 19 años).

Como el nombre de este apartado lo indica, todas han pasado por la experiencia de la maternidad, pero redujeron su fecundidad promedio, a la mitad de la de la generación anterior: tres hijos.

Cabe resaltar que fue en virtud de su incorporación a ésta y sobre todo a su permanencia hasta la secundaria, que pudieron contar con información para "enfrentar" las modificaciones de sus cuerpos hacia la adolescencia. En la mayoría de los casos, las mujeres dijeron no haber recibido información previa de parte de sus madres, pero si haber estado preparadas, en concreto para la llegada de la primera menstruación, "porque en la escuela se les enseñaba". Por ello, la sorpresa y el miedo no fue, necesariamente, la reacción experimentada.

Pero no todo fue miel sobre hojuelas para "las madres". Salvo la que vivió con sus abuelos, para las dos que no conocieron a su padre y para la que perdió a ambos, esta circunstancia determinó, no sólo que sus vidas estuvieran "marcadas" por una gran carencia, sino que sus posibilidades de desarrollarse más plenamente se vieron limitadas. Por ejemplo, esta última no pudo entrar a la universidad por falta de recursos económicos (que ella adjudica a su horfandad) y tuvo que "heredar" un trabajo en el restaurante donde su madre fue varios años cocinera. Las otras dos buscaron en la unión conyugal el afecto que les faltó y fincaron en esa relación la posibilidad de una vida material y espiritual mejor.

De nuevo, como en la vida de "las abuelas", "la fatalidad" derivada de una contingencia, llevó sus existencias por los senderos menos deseados. Una de ellas quedó embarazada de un chico con el que estaba disponiendo todo para casarse. A los meses del embarazo, fue asaltada y golpeada y su padrastro determinó que aquel chico no la volviera a ver (ella estuvo en

entre un hombre y una mujer. Todas vivieron esta experiencia y salvo en los tres casos mencionados y en otro de una mujer que se casó a los 15 años, puede decirse que guardó alguna relación con el proceso y desarrollo de sus relaciones matrimoniales. En términos generales, en ellas ha habido comunicación, cierta planificación del número de descendientes y su espaciamiento, acuerdo sobre la importancia (para la pareja) de construir un patrimonio y también, sobre el destino del ingreso.

Entre estas mujeres es más claro el rol de "ama de casa" y el de "proveedores económicos" de ingresos para ellos. Sobre todo durante la etapa de crianza de los hijos, ellas se han dedicado, casi de manera exclusiva, a ello, ya fuera por petición expresa de sus cónyuges, o por propio convencimiento de que "así debe de ser". Durante esta etapa, las que habían realizado algún tipo de trabajo remunerado, añoraron el tiempo en que salían corriendo al trabajo, se cansaban, tenían un ingreso propio y podían llegar a casa sin la obligación de atender a nadie más. Dos, hace poco, cuando ya no tenían niños pequeños que criar, se consiguieron un empleo que les satisface y les permite estar varias horas fuera del "encierro doméstico".

La maternidad, al parecer, ha sido vivida, por la mayoría, con menos ambivalencia y sin tantas paradojas. El matrimonio y los hijos iban juntos en su visión del destino para una mujer de determinada edad (de 20 años en adelante) y de algún modo han vivido esta experiencia convencidas de su papel de educadoras y forjadoras del carácter de sus hijos. Pendientes de su salud, de

Hoy, "las madres" están en la etapa del ciclo vital que en "las abuelas" demarcó, también, un cambio de posición. La solución para salir de un lugar de subordinación para varias de ellas, fue similar: la ruptura del vínculo conyugal, pero, a diferencia de la generación que las precedió, las de ésta están recelosas y renuentes de iniciar una nueva pareja. No parecen muy convencidas de que sea posible mantener su autonomía con un compañero a lado y confían más en sus propias posibilidades de mantener su hogar, educar a sus hijos y conseguir afecto, sobre todo, de parte de las amigas.

Las que siguen casadas (la mayoría en este grupo) están conformes con la vida de pareja que llevan, ésta, no entraña mayores pasiones ni emociones, pero les garantiza cierta seguridad emocional y material. Más aún que para las que se han separado, sus mayor preocupación gira en torno a la adolescencia de sus hijos, a su rendimiento escolar, a su futuro.

3.3 Las hijas

Nacidas entre principios de los años sesenta (1963) y principios de los setenta (1971) están las mujeres que componen esta tercera generación. Aunque una ya tiene un hijo, por sus rasgos comunes con las que no han sido madres y por sus diferencias con los dos grupos anteriores, decidí incluirla entre "las hijas". Hijas, de una generación de transición entre el silencio y el permiso a nombrar al sexo y la sexualidad; entre el autoritarismo y la abnegación, y la posibilidad de cuestionar al primero y de buscar en la vida algunos placeres y, en fin del paso de existencias

mucho más marcadas por la fatalidad, a la posibilidad de determinar el propio destino a partir de la intencionalidad y la voluntad.

El alcance educativo de las mujeres de este grupo, es entre 9 y 13 años mayor que el de "las abuelas" y entre 6 y 9 más que el de "las madres", ya que se trata de chicas que hicieron alguna carrera técnica pos-secundaria e incluso que están terminando una universitaria. La mayoría se ayudaron a sostener sus estudios por medio de una actividad remunerada, pero puede decirse que "prepararse" fue, hasta ahora, la actividad más importante en sus vidas.

Al igual que "las madres", a partir de la información recibida en la escuela, encararon su cuerpo sexuado y su período menstrual. Mientras que entre "las abuelas" las anécdotas y por menores en torno a este último evento, ocuparon un largo tiempo de su relato, entre estas jóvenes, que podrían ser sus nietas, el tema se despachó en unos cuantos minutos. Con mucha mayor información que las dos generaciónes anteriores, su primera relación sexual (en todos los casos prematrimonial) tuvo lugar bajo una atmósfera de menor incertidumbre. Lo cual no significa que les haya sido fácil acceder a la insistencia de sus parejas de iniciarse en la vida sexual. Pero más que el temor a "perder la virginidad" estaba presente el miedo a quedar embarazadas y con ello a tener que dejar la escuela, e incluso el de que una vez consumado el hecho, su pareja las abandonara.

Dos de estas jóvenes, tras iniciar su vida sexual se unieron en pareja, una porque su temor se confirmó y quedó embarazada y la otra, por mutua decisión con el que aún es su cónyuge. Ninguna de las dos se ha casado, viven en "unión libre" y consideran que no es necesario hacerlo para ejercer su sexualidad. Y además, que "los papeles del matrimonio", únicamente hacen más difícil la separación cuando hay llevarla a cabo. De algún modo piensan que no hay unión de por vida y viven su lazo actual como perentorio.

La maternidad, por otra parte, no constituye para "las hijas" un factor que tanga asociación directa con su realización como sujetos femeninos. No obstante, las dos que tienen pareja, han vivido la presión social por boca de sus familiares (padres y hermanos, principalmente) tanto para casarse como para tener hijos.

Una de ellas se unió a su cónyuge no sólo por el deseo de que el hijo que esperaba naciera en el seno de una pareja, sino por el estigma que cayó sobre sí cuando anunció a la familia que estaba embarazada. Su unión se concretó cuando tenía 7 meses de embarazo y en ese tiempo sintió que su posición frente a su hermana mayor en particular y frente a los varones de su familia, cambió sustancialmente. "Me hacían sentir como si los hubiera traicionado, sobre todo mi hermana que había sostenido mis estudios desde la secundaria". Cuando se unió, de nueva cuenta volvió a ser "bien vista" por la familia. En el otro caso, la chica también tuvo un embarazo y no es clara al hablar de lo ocurrido, es decir, si tuvo un aborto o murió al nacer. De

El mundo de "las hijas" solteras es distinto en muchos aspectos al de las unidas, como es fácil suponer, sobre todo, porque pueden consumir su energía en el estudios, en algunas horas de actividad remunerada y en divertirse con los amigos. No obstante que viven en familia, si se compara su cotidianidad con la de las generaciones anteriores, resalta, entre otras cosas, una ambiente de mayor permisividad. La autoridad de los padres como se mencionó arriba, se impone de manera menos vertical y es, con frecuencia, cuestionada. También parecen, a nivel de su relato, mucho más decididas a que pueden manipular su futuro, con un poco de suerte y bastante de voluntad. Es, entre estas jóvenes, donde la idea de futuro aparece más claramente que en los relatos del resto de las mujeres.

En ese horizonte se ven a sí mismas "haciendo lo que les gusta", desempeñándose en una carrera profesional o en un trabajo que les agrade y les de buenos ingresos, viajando, conociendo gente, en fin, abriéndose a un mundo de posibilidades. Alguna de ellas habló claramente de sus temores y anhelos respecto a una relación de pareja, después de haber reflexionado sobre el vínculo entre sus padres. No quiere una relación de subordinación a ningún precio y bajo ninguna circunstancia, reproducir en su vida las escenas de reclamos, celos, maltrato verbal y golpes que vió que su padre actuó contra su madre. Pero reconoce que "cuando una mujer se enamora" pierde de alguna manera los estribos: "ya me ocurrió a mí" -dijo-.

Este caso me resultó particularmente interesante porque las dos relaciones que ha tenido (la primera de los 15 a los 20 años y la segunada en el último año), han sido con jóvenes que al avanzar el contacto, le han planteado que no tienen definida su opción sexual. Esto es, que no saben si son hetero, homo o bisexuales. Hasta esta biografía y en ninguna otra generación, había surgido el tema de la homosexualidad, de la bisexualidad ni del lesbianismo y esta chica, la más jóven de las entrevistadas, la introdujo. Desde luego, no puede hacerse ninguna deducción generalizable sobre la base de su testimonio, pero no deja de ser sintomático el hecho.

Lo único que puede adelantarse es que en el curso de su corta vida, esta jóven ha luchado intensamente por ser la mejor parte de su padre y de su madre. Es decir, realizar lo que en ellos vió truncado. Ella estudia filosofía, carrera que abandonó su padre y le gusta bailar, tener muchos amigos, oir música, aficiones que por prohibición de su padre, abandonó su madre. Si no fuera terriblemente arriesgado y peligroso decirlo me atrevería a sugerir que incluso su apariencia física como muchas de los jóvenes de la actualidad, está más cerca de "lo hermafrodita" que de las imagenes convencionales de "feminidad". Y ya lo dije, así que tendré que asumir riesgos y peligros.

4. Una breve reflexión sobre la relación entre jefas de hogar y pobreza

No fue objeto de esta investigación el conceptualizar ni analizar a las mujeres en tanto jefas o no del hogar ni tampoco, el establecer una relación entre este fenómeno y la pobreza. Me parece sin embargo que de la información resumida pueden resaltarse dos situaciones distintas que corresponden a momentos históricos diferentes y a etapas particulares del ciclo vital. Pensando en distintos momentos históricos me parece que puede observarse que la "jefatura de hogar" entre mujeres de escasos recursos en la primera generación, guarda alguna relación con el hecho de que el matrimonio y la paternidad no se concibieran como una vía para regular socialmente la sexualidad masculina. En otros términos parece que justamente con mujeres sin o con muy pocos recursos económicos, analfabetas y cuyos rasgos étnicos correspondieran o se asociaran a los indígenas, no había (o no hay) la obligación de formalizar una unión por el camino del matrimonio. De ser válida esta hipótesis, la jefatura de hogar al cargo de una mujer estaría dada o determinada por la práctica social de establecer relaciones consensuales con mujeres de bajos recursos. Esta situación puede haberse presentado con más frecuencia en las primeras décadas de este siglo o, aún en la actualidad, si prevalece la no obligatoriedad a casarse con mujeres que se consideren de un estrato o sector social inferior al del hombre.

La segunda forma o tipo de jefatura de hogar al cargo de mujeres, parece ser más bien el resultado de la dinámica del ciclo doméstico. En este tipo pueden distingirse dos situaciones distintas, una, en la que la mujer se convierte en "jefa" en virtud de la ruptura del vínculo. Y una segunda en la que, permaneciendo unida "conquista" por así decirlo, el puesto o posición de dueña de hogar que, en muchos casos no sólo significa autoridad para mandar sobre sus hijos, sino poder económico en tanto ella también contribuye con un ingreso al sustento de la familia. Tanto en este estudio como en otro anterior (Charles y Riquer 1989) he observado que esta conquista se obtiene hacia el final de la etapa reproductiva de la mujer y cuando los hijos mayores son adolescentes o jóvenes.

En mi opinion distinguir estos dos "tipos" de jefatura femenina de hogar es importante en el rastreo de aspectos más cualitativos que cuantitativos para abordar el fenómeno. Ya que el cuestionamiento al concepto de "jefe de hogar" basado en el criterio de "proveedor económico" ha mostrado tanto sus limitaciones empiricas como analíticas, más aún entre sectores de bajos recursos o en marcos sociales llamados pre-modernos (Gómez 1990).

Finalmente, por lo menos a partir de la información recogida en estas biografías, no parece haber suficiente evidencia para afirmar que hay una relación mecánica entre jefas de hogar y pobreza. Parece ser, en todo caso, que cuando la situación socio-económica de la mujer es más baja que la del hombre, las posibilidades de superar la pobreza son menores, cuando ella

queda al frente de su hogar. En cambio, cuando esta situacidn es similar (aún siendo de escasos recursos) entre hombre y mujer o la de esta última es superior a la del varón, las probabilidades a favor de mejorar las condiciones de vida de la familia comandada por una mujer, aumentan.